

Presentación



ste mes de octubre, la revista cumplió un lustro de vida. Aunque el camino recorrido ha estado plagado de peripecias memorables, quiero destacar al menos cuatro de ellas.

I. Arranque

Cuando la vaga ocurrencia de fundar la revista anidó entre mis pensamientos, la pandemia todavía no había causado estragos en el mundo. Sin embargo, debo confesar que una oscura intuición, como presagio de una inminente catástrofe, me empujó a hacerlo cuanto antes. Por eso, me di prisa y, sin tener nada en firme todavía, creé la cuenta de Twitter (ahora X) en octubre de 2019. De este modo, la primera revista sobre pesimismo filosófico daba inicio a salto de mata. Aun así, no nos costó demasiado arrancar en esta red social y darnos a conocer a unos primeros lectores, porque, tras dar con nosotros, Carlos

Javier González Serrano pronto anunció a sus seguidores, que se contaban por miles, la inauguración de este proyecto. Luego echó a rodar el sitio web, cuya cabecera recubrí de rayos, elaborados en lenguaje CSS, que merecieron el elogio, no sé si irónico, de un estudiante madrileño aficionado a la climatología. En realidad, no era una idea tan estupenda como parecía, porque este artificio gráfico mermaba el rendimiento del ordenador y a menudo dejaba el navegador colgado, impidiendo la lectura de la revista. Un año estuvimos de esta guisa, hasta que, soltando algunos dineros, decidí cambiarla por la actual, que es un poquito más seria, esquemática, como de estudiado desprendimiento estético, lo que le da algo más de autoridad y circunspección a su contenido.

Nunca llegaremos a ser una revista de alto impacto. No lo pretendemos ni lo hemos pretendido nunca. Como el aficionado al romanticismo alemán habrá notado, la cubierta de la revista es una imitación casi exacta de la de *Athenaeum*, la que fundaron los hermanos Schlegel a finales del siglo XVIII. Aspiramos a la afición de cuatro gatos, y nos bastamos con los remotos márgenes de los circuitos académicos. Si queréis sumar «chocopuntos» para vuestras becas, no nos escribáis. Perderéis el tiempo. Si, por el contrario, lo hacéis por deleite, tendremos el gusto de anunciar vuestros artículos entre fanfarrias. Ante todo, quede claro que abominamos de las métricas, los cuartiles y cualquier otro flagelo concebido para sajar las carnes del estudiante y del estudioso.

2. Congreso

En 2021, gracias a la intermediación de Paula Román, la Universidad Autónoma de Madrid nos cedió un espacio para que pudiéramos celebrar un congreso sobre pesimismo filosófico. Recuerdo con cariño aquellos meses previos llenos de entusiasmo, así como las constantes videollamadas, convertidas en auténticos hervideros de ideas y propuestas.

Todo fue bastante bien hasta que, unos pocos días antes de su ejecución, caímos en una estafa a través de Booking. Resulta que, por desgracia, habíamos alquilado unas habitaciones de hotel que no existían en acto, sólo en potencia. Y el dinero, presuntamente, fue a parar a una cuenta bancaria búlgara ajena a la plataforma. Así que, a escasos días del viaje, no teníamos dónde planchar la oreja. Unos, por suerte, pudieron procurarse pronto otro alojamiento. En cuanto a los de Barcelona, es decir, Aida, Martí y yo, fuimos rescatados en el último momento por una tía mía, que, además, nos recibiría al término de la primera jornada con magdalenas y vasos de Cola Cao.

En rigor, no puede decirse que el congreso fuese un gran logro. A pesar de haber empapelado con antelación toda la facultad con afiches que detallaban el aula, el día, la hora y la temática, apenas si conseguimos atraer asistentes. A la inauguración acudieron doce personas, pero, un par de horas después, quedaban apenas seis, si acaso. La desolación se acentuaba por el hecho de que la sala tenía capacidad para más de doscientas almas. Quizá parte del fracaso fue culpa mía, ya que, según me contó luego Juan, durante mi intervención inaugural, golpeé demasiadas veces la mesa con los puños.

Por la tarde ya sólo nos atendía Rodolfo, un estudiante chileno de la Universidad de Granada que tenía entre manos una prometedor tesis sobre Philipp Mainländer.

El segundo día transcurrió de manera similar, aunque esta vez partimos con la asistencia de un único oyente. Adivinad quién era.

Con todo, tengo aquellas dos jornadas por las más estimulantes de mi vida desde el punto de vista académico. Sobre todo, me quedo con la excitante sensación de clandestinidad. Aunque nadie lo dijo explícitamente, nos sentíamos todos conspiradores, porque habíamos logrado introducir en la academia una suerte de filosofía subversiva que, colocada estratégicamente en las pilastras principales, podía hacerla volar en pedazos. Mientras en alguna otra sala cercana seguramente se cantaba la enésima alabanza a Marx o a Hegel, alimentando un poco más las ya infinitas esperanzas en un mundo mejor que aún no llega ni llegará jamás, nosotros liberábamos los demonios de Schopenhauer, Mainländer, Hartmann y Bahnsen, oficiantes de la voluntad de morir y el exterminio de la humanidad entera. Había algo de travesura, pero también de honesta fascinación, en dar pábulo a estos nombres prohibidos entre los sagrados muros de la institución universitaria. También se sentía uno conquistador de un terreno ignoto y preñado de riquezas que, sin ningún género de dudas, podían utilizarse para reanimar el polvoriento zoco en que se ha convertido en nuestros días la academia.

Dejando de lado la exaltación, en el fondo no anhelábamos, pobres diablos, otra cosa que compartir con el mundo lo que acabábamos de descubrir entre los pliegos de antiquísimos libros alemanes de metafísica. Y por eso el apresuramiento de algunas charlas, como la mía acerca de Bahnsen, que tuvo más de arrebatos pasional que de rigor filosófico.

Por otro lado, debo confesar que no me molestó que a la cita acudiera poca gente, dado que Manuel Pérez Comejo ya me había avisado unos meses antes, con ocasión de un paseo por el Parque del Retiro, que esto era cosa de unos pocos marginados.

3. Seminario

Ya ni recuerdo de quién fue la idea de organizar un seminario de lecturas, puesto que hará cosa de dos años, tiempo suficiente para que una mente desorganizada como la mía lo pueda olvidar. Pero me parece que, al principio, sólo se pensaba leer y comentar *El mundo como voluntad y representación* de Schopenhauer.

A la vista está que nos hemos atrevido con unos cuantos textos más y que no tiene pinta de que vaya a clausurarse actividad tan provechosa en un futuro inmediato. Somos unos viciosos. Si todo sigue igual, pues, únicamente dejaremos de grabar vídeos, como se dice, en las calendas griegas.

Aparte de ofrecerme la oportunidad de releer y examinar con más detalle a mis héroes trágicos del pensamiento, como yo los llamo con religioso respeto, el seminario que celebramos cada dos viernes en la Universitat de Barcelona constituye el telón de fondo de una amistad que ha ido estrechando lazos cada vez más firmes y vistiendo ribetes cada vez más lindos.

Si la cosa va de estrujar recuerdos, no puedo dejar de aludir al día en que el señor Gámez y yo nos conocimos por primera vez. Cita que tenía un objeto puramente comercial, pues debía yo venderle un ejemplar del primer número de esta revista y que transcurrió de la siguiente manera. Unas cuantas medianas de cerveza pasadas por las tragaderas, algún lamento por aquí y por allá sobre la situación intelectual del país, y sin saberlo ni el uno ni el otro, el futuro ya planeaba torcer nuestros caminos para que coincidieran perfectamente. Invito al lector a ver el registro de su defensa de tesis en nuestro canal de YouTube, en el que claramente se anuncia el nacimiento de un filósofo que dará que hablar todo lo que un pesimista, en este país refractario a heterodoxos pareceres, puede dar que hablar.

Tampoco puedo eludir evocar aquí lo mucho que me alegro de que Luis me enviase aquel mensaje por Twitter que supuso el punto de partida de su participación en la revista. Cuando lo hizo, lo único que hasta entonces me unía a él eran unas pocas palabras que, durante el período universitario, habíamos intercambiado sobre Schopenhauer y la existencia histórica de Jesús. A la sazón, yo tenía oído que un fervoroso schopenhaueriano se paseaba de cuando en cuando por la Facultad de Filosofía y Letras de la Universitat Autònoma de Barcelona, pero, por alguna razón que no alcanzo a comprender, nuestro conato de amistad no pasó a la siguiente fase. Quizá faltó echar algún café más en la cafetería. En cualquier caso, tras el mensaje de marras, facilitador de nuestro reencuentro, creo haber hallado ahora en él a un compañero inestimable de peregrinación filosófica. Cuando se

muera, si es que lo hace antes que yo, que espero que sí, presumiré de haber sido amigo del mayor especialista en España de Gilbert Simondon. Os animo a leer su magnífico *Campos de forma*.

A Juan lo conozco desde hace más tiempo. Es mi amigo del alma, alma torturada, adicta a los retruécanos, las jerigonzas lacanianas, la metalucidez, el vocerío de izquierdas y las interpretaciones psicoanalíticas del cuento de Barba Azul de Perrault. Si no fuera por él, el seminario tendría otro aspecto, acaso peor. Su buena disposición, de todo punto cautiva de su desmedida pasión filosófica, permite que cada quince días la puerta del aula pueda abrirse, nosotros sentamos y la hora y media pasar en un ambiente sosegado y nutrido de ideas, si no siempre fecundas, siempre tentadoras. Me resulta muy tierno que beba los vientos por el genial Carlo Michelstaedter y que cuando puede, y el momento lo permite, traiga a la conversación alguna de sus rampantes hipótesis acerca de la retórica o el persuadido. Me complace enormemente que, por momentos, deje de lado a sus referentes contemporáneos, como Agamben o Tiqqun, y reconozca la capacidad de predicción de la filosofía de un joven divino que no llegó ni a los 25 años.

No sé cómo llamar a este cosquilleo que comparece cuando un filósofo difunto y olvidado recupera, de pronto, su obliterado derecho a pronunciarse sobre la actualidad. Es como un exceso de gozo, una voluptuosidad derivada del acto de ver cómo unas fuerzas pequeñas y anonadadas se hinchan enormemente, desbordando cualquier previsión acerca de sus competencias hermenéuticas. Diría que tiene algo de quien se satisface con el cumplimiento de la justicia eterna, que, pese al tiempo, pone a cada uno en su lugar.

4. Biblioteca pesimista

Quiero acabar esta presentación con palabras de agradecimiento a mi amigo Fernando Burgos, afinadísimo pesimista mexicano, pues sólo suyo es el mérito de la publicación de tantos y tan buenos textos pesimistas en la editorial Sequitur y, en fin, de que todo este esforzado afán divulgativo disponga de cauces materiales por donde discurrir.

Sin las traducciones aparecidas y las que, dentro de no mucho, aparecerán, ¿podría pensarse seriamente en términos de prosperidad el futuro de las investigaciones relativas a esta parte de la historia de la filosofía tan inexplorada en los países de habla hispana? Antes de comenzar a editar la Biblioteca pesimista, casi todo estaba por hacerse. No digo todo porque, para ser justos, Manuel Pérez Comejo había ya sacado adelante lo que, sin temor

a equivocarse, pueden considerarse como las traducciones fundacionales del movimiento pesimista hispanohablante: *La filosofía de lo inconsciente* de Eduard von Hartmann y *La filosofía de la redención* de Philipp Mainländer. Ahora, después de la primera serie de la colección en Sequitur, sin duda todavía hay muchísimo trabajo por delante. Pero al menos hay algo más sobre lo que aplicarse. Los curiosos y los estudiosos tienen, por fin, con qué darse de cabezazos, con qué despertar sus ansias. De hecho, se me ha hecho saber que este efímero y breve chispazo ha bastado para encender ya la mecha de algunas tesis doctorales. Tenemos sobrados motivos para la ilusión y, por tanto, sobradas razones para esperar una rápida aniquilación universal.

Espero que los artículos, las traducciones y las reseñas que encontraréis a continuación, además de satisfaceros, sirvan como pretexto para nuevas peripecias.

JOSÉ CARLOS IBARRA CUCHILLO